

La tarea de “enseñar” volvía a ser entendida en un amplio sentido y al modo ilustrado del XVIII. Bajo ese concepto se incluían las prácticas campesinas, la difusión de los progresos en la agricultura o en la industria, la elaboración de planes de enseñanza, así como los estudios o informes emitidos como cuerpos consultivos que habían sido y que pretendían seguir siéndolo, sobre temas muy diversos (desde la unificación del derecho mercantil en España y América, al problema migratorio, pasando por la ciencia de la estadística).

La enseñanza en este sentido era además la justificación a su existencia. Además, enseñanza y utilidad de las Económicas eran conceptos complementarios. “Se dice que las Sociedades Económicas son instituciones muertas. ¿Por qué llamarlas inútiles? ¿Es acaso inútil enseñar?”<sup>65</sup>, escribía el archivero de la Matritense en 1924.

Unos años más tarde, en 1929, otro miembro de la Bascongada, Orueta, incidía en los mismos aspectos: las Sociedades Económicas “deben aportar su grano de arena para mejorar la vida económica de las naciones”<sup>66</sup>. Y, a decir del propio Orueta, los problemas económicos “hacen precisar una preparación de cultura integral”<sup>67</sup>.

Por otro lado, los nuevos tiempos que se vivían trajeron una mayor voluntad de colaboración entre las diferentes Sociedades. Recién renovada la Bascongada, sus miembros declaraban, en 1900, al entonces Director de la Económica de Madrid, D. José de Cárdenas<sup>68</sup>, que mantendrían “perfecto acuerdo con la Matritense para que sean más provechosos los resultados de sus tareas”<sup>69</sup>.

Estos deseos de colaboración y apoyo mutuos culminarían con la constitución de una federación de las Económicas de toda España, en 1929. En efecto, en septiembre de ese mismo año se celebró en San Sebastián, la V Asamblea Nacional de Sociedades Económicas de Amigos del País de España, con ocasión del II Centenario del nacimiento de su fundador, el Conde de Peñaflorida<sup>70</sup>.

El modo de enseñar y propagar las ideas para el progreso no podía ser igual al del siglo XVIII. En el campo de la producción, de la industria artesana se había pasado a las fábricas que precisaban de mayor capital. En el ámbito del conocimiento, los avances científicos y